



Revista Científica Guillermo de Ockham

ISSN: 1794-192X

investigaciones@ubscali.edu.co

Universidad de San Buenaventura

Colombia

Figuroa Salamanca, Helwar Hernando
Trauma, cultura e historia: Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio
Revista Científica Guillermo de Ockham, vol. 11, núm. 2, julio-diciembre, 2013, pp. 233-236
Universidad de San Buenaventura
Cali, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105329737019>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Trauma, cultura e historia: Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio

CES. Universidad Nacional de Colombia

Bogotá

Editor: Francisco A. Ortega Martínez

Año: 2011

Número de páginas: 623

Por: Helwar Hernando Figueroa Salamanca



Pocas antologías de textos elaborados por diversos autores, escritas en diferentes idiomas, contextos y períodos y de calidad académica, logran ser ordenadas y editadas de forma tan coherente como lo hace el historiador Francisco Ortega en este texto. La compilación de los dieciocho ensayos acerca de las diferentes interpretaciones y usos de la memoria, en sociedades que han sufrido alguna catástrofe de índole política o ambiental, permite comprender cómo estos acontecimientos terminan por crear identidades colectivas que facilitan el duelo. Ortega hace uso de una argumentación basada principalmente en estudios y reflexiones sobre el significado de la Segunda Guerra Mundial y su impacto en la sociedad alemana y los sobrevivientes judíos. También hay referencias a las experiencias relacionadas con catástrofes ambientales y con los soldados que participaron en las diferentes guerras del siglo XX, particularmente la de Vietnam.

Dada la importancia de esta antología, tejida para ayudarnos a comprender el proceso mediante el cual Colombia enfrenta una violencia endémica —aceptada por unos y rechazada por otros—, resulta pertinente leer estos textos con la mente puesta en las imágenes que las diferentes narraciones evocan de un proceso que históricamente nos recuerda nuestra condición de víctimas de un conflicto

inmemorial, del cual no hemos podido desatascarnos. Es más, para algunos la catástrofe colombiana es inminente y a pesar de estar a punto de tocar fondo, aún no nos hemos puesto de acuerdo en que es necesario acabar la guerra. Esta antología en sí misma, es una invitación a considerar que es posible en la narración del acontecimiento traumático, sublimarlo, negarlo, invertirlo, proyectarlo o despersonificarlo. Nos sugiere que en dicho proceso se forman bandos y hay manipulaciones, pero también se logran nuevas construcciones de sentido a la hora de identificar psicoanalíticamente los eventos traumáticos de una comunidad.

Aún más, varios de los textos enfatizan en que por medio de cierto ejercicio psicoanalítico es factible identificarnos como una comunidad que tiene una herida sin cicatrizar que requiere curarse a través de la rememoración, de la narración, del testimonio, del recuerdo, de las explicaciones históricas, del duelo y de la reconciliación; ser curada en una narración colectiva que explique el evento y sublime la culpa. Para el caso colombiano, es darle memoria de forma racional a cada una de las víctimas e incluirlas en un relato nacional, respetuoso de la diferencia y la otredad. No obstante este deseo, el autor nos previene sobre la categoría de análisis que soporta los textos compilados: el

trauma cultural, dado que es equívoco y cuestionado por generalizante, pues pone en tensión el acontecimiento traumático frente a su interpretación psicoanalítica o filosófica; además, uniforma y trata a la persona traumatizada como enfermo y no como víctima. De igual modo, afirma Ortega en su prólogo que no todos los sucesos catalogados como traumáticos lo son, pues para ello se hace necesario identificar características individualizadas que pueden ser excluyentes, representaciones de autoidentificación colectiva y el deseo de hacer duelo.

Al leer detenidamente cada uno de los textos que abordan el trauma cultural e intentan definirlo, es evidente que este requiere ser reconocido por toda la comunidad afectada: “El trauma cultural ocurre cuando los miembros de una colectividad sienten que han sido sometidos a un acontecimiento espantoso que dejó trazos indelebles en su conciencia colectiva, marca sus recuerdos para siempre y cambia su identidad cultural en formas fundamentales e irrevocables” (p. 125). La analogía del trauma proviene de la medicina, en la cual en un primer momento se hace referencia a la lesión de un tejido, para posteriormente apuntar a un hematoma, hinchazón o herida que no cicatriza de forma eficiente.

Las lesiones afectivas (acontecimiento catastrófico) que no logran ser curadas en un paciente se manifiestan por medio de recuerdos involuntarios e intensos. Son una herida abierta con capacidad de renacer en situaciones de estrés, no se deja olvidar, está presente de manera efectiva, obnubila una explicación racional, paraliza y abrumba. “Una experiencia fallida o traumática ocurre cuando los términos simbólicos de los lenguajes históricamente disponibles para articular una experiencia no pueden ser movilizados en ese momento en relación con esa experiencia” (pp. 38-39). Dicha argumentación está basada en los estudios pioneros de Freud y en los desarrollados posteriormente por Maurice Halbwachs (1892-1945), Jacques Lacan (1901-1981), Walter Benjamin (1892-1940), Paul Ricoeur (1913-2005) y Hayden White (1828), los cuales desde diferentes perspectivas contextuales y teóricas a veces contradictorias, consideran que es posible superar el trauma por medio del uso adecuado de la memoria: superar el olvido creando narraciones ideológicas reflexivas e identitarias que reconstruyan el tejido social y se reconcilien con un

pasado que se niega a morir y resurge en momentos de crisis. El trauma une o separa; crea nuevas identidades; transforma y cambia la perspectiva de sentido y de mundo, como bien lo expresa Erikson: “Las personas que han sido provistas de la capacidad de distinguir los signos de peligro, como es evidente, permanecen vigilantes y están ansiosas de manera extraña [...] Una vez que el trauma ha visitado a las personas, estas comienzan a vigilar su entorno. La prueba de que el mundo es un lugar donde el peligro es permanente parece que se puede observar en cualquier lugar” (p. 79).

El trauma cultural transforma las identidades individuales y colectivas. En un primer momento paraliza, pero dado que el papel de la cultura es explicar el mundo y domesticarlo, es posible que al re-significar el *ethos* cultural de una comunidad se logre activarla nuevamente. Una conclusión a la que llega Erikson, porque ve en la cultura la encargada de ayudar a las víctimas “[...] a reconstruir la realidad de tal manera que parezca manejable, ayudarlas a recomponerla de tal modo que los peligros que la urgen desde todo lado salgan de su línea de visión en su quehacer cotidiano” (p. 79).

Otra categoría que ocupa un lugar importante en el texto es la memoria; sin esta, el trauma no existe o mejor aún, no puede ser re-significado. La memoria organiza cognitivamente la existencia y permite al individuo diferenciarse de los otros por medio del recuerdo de sus experiencias individuales o colectivas. “Así como las experiencias resultan un nivel fundamental para entender el acontecimiento, ellas, a su vez, no pueden ser pensadas sin los procesos de representación, apropiación y resignificación que llamamos memoria [...] para el trauma cultural no es suficiente que un proceso social sea terriblemente destructor; tampoco es suficiente, una representación de ese proceso como terrible y destructor. Es absolutamente necesario que esa representación se haga de manera efectiva, convincente y contundente entre un grupo significativo de la población respectiva. Es necesario, en suma, que se produzca una memoria colectiva del suceso como evento traumático” (p. 39). El trauma no se deja olvidar. Vive con nosotros y amenaza con destruir la identidad presente, pero también puede operar, por ejemplo, como un dispositivo de concientización de una injusticia social que nos libera de la culpa.

Con base en esta idea y volviendo a la realidad colombiana, se podría decir que este proceso de resignificación no ha logrado ponerse en práctica porque el evento no se ha resuelto. Es decir, las causas del trauma cultural no han dejado de ocurrir y por ello no es posible reconocerlas, narrarlas y explicarlas.

En Colombia, la memoria que se elabora es todavía fragmentaria y manipulada por medio del poder que ejercen los victimarios y de los múltiples y multicausales hechos de violencia. “Una memoria colectiva es ante todo una lucha de significados, abiertamente política, con la que se hace posible –o imposible– reconocimientos sociales, reparaciones simbólicas y dignificación. Es, por eso mismo, un escenario para la naturalización y legitimación de la agresión y el desconocimiento del sufrimiento social o, al contrario, para la instauración de nuevos límites éticos y morales contra la violencia. Pero esto no ocurre en el vacío, ni entre contendientes iguales. Al contrario, estas disputas ocurren en arenas institucionales diversas –la esfera legal, académica, estética, religiosa, el mundo del espectáculo y entretenimiento, & c.– a las cuales no todos los actores tienen el mismo grado de acceso” (pp. 42-43). La noción moral obliga a catalogar lo que una comunidad puede reconocer como una afrenta por lo general asociada a algún valor sagrado (la vida, la tranquilidad o la felicidad) para la comunidad, que al ser destruido exige ser reparado o resarcido simbólicamente. Cuando no es posible reparar la pena por la prevalencia de un régimen del terror, se genera una parálisis social. Ortega nos recuerda que en Colombia actualmente en las zonas de conflicto ocurre dicha parálisis. No obstante, considera que es posible identificar el trauma cultural como una oportunidad para utilizar el testimonio que lo recrea como una terapia social, dado que convoca tres momentos: acontecimiento, trauma (herida) y consecuencia (malestar). Al poner en orden estos tres momentos en el relato y verbalizar el acontecimiento, se recrea el trauma para conducirlo hacia lo acaecido, al pasado, ordenando el presente con vistas a un futuro deseado. Hay conmemoración. Por cierto, ante el caos de un relato no ordenado, las interpretaciones pueden ser caóticas y una forma de enfrentarse a ello es volviendo a la fuente, al testimonio. Está claro que en el proceso de testimoniar (narrar) puede haber un acto reparador, dado que permite revisar, explicar,

exculpar, comprender y proyectar el drama. Al dar testimonio se domestica el trauma. “La escucha le permite al investigador, al artista y al activista hacer un atestigüamiento en segundo grado y por tanto participar en el ejercicio de reparación a través del trabajo de la memoria” (p. 53). Pero la víctima exige que el testimonio sea fidedigno, veraz, que no se banalice por los esteticismos del escuchanarrador-divulgador-artista. Para Ortega está claro que a través de un uso adecuado del testimonio se puede hacer una rememoración reparadora, por eso es enfático en señalar que varios de los autores que compila hacen un llamado para hacer del testimonio un acto creativo: “En el volumen que aquí presento Hayden White, Eric Santner, Frank Ankersmit, Andreas Huyssen y James Young proponen y exploran el uso de estrategias vanguardistas –no literalistas– tales como el uso de una escritura intransitiva, la voz intermedia, incorporación de fragmentos y una autorreflexividad constante para acercarse respetuosamente al sufrimiento, dar cuenta de las autoimplicaciones y atestigüar reflexivamente el desconcierto al recibir el conocimiento herido” (p. 54).

El testimonio recreado por la memoria y su trasmisión para no ser olvidado como hecho traumatizante recurre a la conmemoración y a la rememoración. En este sentido, un dispositivo que logra evitar la pérdida de memoria son los monumentos. La memoria y el testimonio crean las conmemoraciones públicas, atestigüan un hecho o recuerdan un acontecimiento, problema abordado extensamente en la parte cuarta del texto con el título *Memorias colectivas*. De allí considero importante destacar el texto de James Young, el cual se centra en analizar la manera como los alemanes abordaron la obligación moral de elaborar representaciones simbólicas que les recuerden que no se puede volver a repetir un Holocausto.

La memoria nunca se hace en el vacío, sus motivos nunca son puros. Las razones proporcionadas para los monumentos del Holocausto y la clase de memoria que ellos generan son tan variadas como los sitios. Algunos se construyen en respuesta a mandatos tradicionales judíos, y otros de acuerdo con las necesidades de un gobierno de explicar el pasado de una nación a sí misma. Mientras que el objetivo de algunos monumentos es educar a la siguiente generación e inculcar en ella un sentido de experiencias y destino compartido, otros son concebidos como expiaciones de culpa o como un

autoengrandecimiento. Algunos son pensados para atraer turistas (p. 380).

Después de explicar cómo se construyen y el significado y la ideología de los dispositivos de la remembranza, Young evidencia que para las víctimas es fundamental el monumento que dé cuenta fidedignamente del acontecimiento traumático; además, no les interesa el esteticismo ni la alusión, quieren una fotografía exacta. En cuanto a los artistas, sobresalen las críticas de algunos de ellos, quienes consideran que los monumentos (conmemoraciones públicas) nos evitan la función de utilizar nuestra memoria, nos hace olvidadizos. “Ellos creen, de hecho, que el impulso inicial de convertir en memoria aquellos eventos como el Holocausto puede surgir de un deseo opuesto [...]” (p. 391). O , más aún, la observación

descontextualizada y anacrónica de un momento contribuye a ocultar el acontecimiento que en un primer momento se quería recordar.

Por último, Kleinman con el texto *Violencia, cultura y política del trauma*, hace una crítica radical a la medicalización de la víctima, ya que termina por transformar y relativizar las causas estructurales que originaron un trauma cultural, especialmente cuando están relacionadas con un conflicto social, político o de origen religioso. Cada uno de los dieciocho ensayos, por su calidad y pertinencia, requeriría, o mejor aún, merece un comentario. No obstante, estas pocas páginas son una invitación a leer con detenimiento el esfuerzo intelectual de reunir en una sola obra tan significativos aportes que nos pueden ayudar a ser más imaginativos a la hora de la reconciliación y el duelo.